

BELLAS ARTES.

NICOLAS PUSSINO.

Su vida.—Casa que habitó en medio del jardin de las Tullerias.—Sus obras en el museo del Louvre.—Estracto de sus cartas.—Reflexiones suyas acerca de la pintura.

Nació Nicolás Pussino en Andelys, en Normandia, y le dirigió en sus primeros estudios de pintura Varin, hábil pintor. A los 8 años de su edad salió de la casa paterna y fué á París con el fin de estudiar un arte cuyas dificultades conocia, pero por el cual tenia una pasión decidida.

Recibióle en su casa un caballero jóven del Poitou, y despues de haber mudado de amo dos veces, trabó conocimiento con algunas personas que le presentaron varias estampas de Rafael y de Julio Romano. Resolvió pasar á Roma, pero hubo de interrumpir su viaje en Florencia, y habiéndosele trastornado por segunda vez otro proyecto de viaje, se puso á trabajar en su arte. Queriendo los estudiantes del colegio de Jesuitas de París, hacer mas solemne la funcion de la canonizacion de S. Ignacio y S. Francisco Javier, en el año de 1623, eligieron al Pussino para pintar los milagros de ambos en seis cuadros al temple; y era tal la facilidad que tenia este brillante jóven en el manejo del pincel, que es fama que no tardó arriba de seis dias en concluirlos. Los cuadros fueron preferidos á los de todos los demas pintores, que trabajaron tambien para hacer mayor la pompa de aquella solemnidad.

Salió por tercera vez para Roma, á donde llegó en la primavera del año 1624. En poco tiempo hizo rápidos progresos, y su celebridad se extendió por toda Europa: Mr. Desnoyers, secretario de Estado y superintendente de los edificios de Luis XIII, determinó llamarle á París; y Pussi-

TOMO III.

no, aunque despues de vacilar por mucho tiempo, tuvo que ceder á las órdenes del Rey y á las instancias del superintendente.

Poco despues de su llegada fué presentado al cardenal de Richelieu, que le recibió con el mayor agasajo, conduciéndole inmediatamente al domicilio que se le tenia preparado en el jardin de las Tullerias. Con este motivo escribió á Carlos Antonio del Pozzo, arzobispo de Pisa, y hermano del caballero Casiano del Pozzo, su protector y amigo, lo siguiente:

«Por la noche me condujeron á la habitacion que Mr. Desnoyers me tenia destinada. Debo llamarla un pequeño palacio, situado en medio del jardin de las Tullerias. Se compone de nueve piezas, sin las del piso bajo que son aparte, y consisten en una cocina, el aposento del portero, caballeriza, estufa y otros cuartitos á propósito para poner en ellos mil cosas necesarias. Tiene ademas un bello y espacioso jardin lleno de frutales, con muchas flores y legumbres, tres fuente-cillas, un pozo y un buen patio tambien con algunos árboles frutales. Por todos lados tengo puntos de vista admirables, y creo que en verano debe ser un paraíso. Al entrar, encontré todo el primer piso compuesto y bien amueblado, surtido de todas las provisiones necesarias, y hasta de leña y de un barril de buen vino de dos años. Se nos trató por tres dias, á mí y á mis amigos espléndidamente á costa del Rey; y al siguiente dia me llevó Mr. Desnoyers á casa del cardenal de Richelieu, quien me abrazó con la mayor bondad, y dándome la mano, me manifestó la satisfaccion que tenia en verme.»

Poco despues le nombró Luis XIII su primer pintor de cámara con 3000 libras de gages, segun lo espresa el título; y le concedió el uso de dicha casa del jardin de las Tullerias, en donde habia vivido antes Menou.

Pero Pussino no podia vivir lejos de Roma, y ademas veíase rodeado de envidiosos: un incidente imprevisto vino á poner el colmo á sus disgustos. Lemercier, arquitecto del Rey, habia empezado á trabajar en la hermosa galería del Louvre, cuando Pussino hizo mudar los compartimientos de la bóveda, como demasiados macizos y recargados

para sus dibujos. Ofendióse de esto Lemercier, y los pintores descontentos se unieron á él contra Pussino, quien pidió permiso para volver á Roma en busca de su esposa é hijos, é ir á arreglar sus negocios, como inmediatamente lo obtuvo. Poco tiempo despues murió el cardenal Richelieu, Mr. Desnoyers se retiró de la corte, y Pussino quedó en Italia como deseaba.

El trabajo y las enfermedades habian agotado sus fuerzas, y espiró el 19 de Noviembre de 1665, á los 71 años de su edad.

En el mismo año escribió todavía cartas, llenas de las mas luminosas y profundas reflexiones sobre su arte.

La Francia tiene en su museo del Louvre treinta y nueve cuadros de Pussino, desde el número 196 hasta el 234, segun el catálogo de 1835. Los dibujos que se han conservado son veinte y dos. Los cuadros mas notables son, el de *los pastores de Arcadia* y el *Diluvio*.

En la coleccion de sus cartas, que salió á luz en 1824, se encuentra el siguiente pasage, que escribió á Mr. de Chambray en el mismo año de su muerte. «*Definicion*: la pintura es una imitacion hecha con líneas y colores sobre una superficie, de cuanto se vé bajo del sol. Su fin es deleitar. No puede ser visible sin luz, sin forma, color, distancia é instrumento. Por lo que hace á la materia, ó asunto, debe ser noble; y para que el pintor pueda manifestar su genio, es necesario escogerla susceptible de la mejor forma. Debe empezarse por la disposicion, pasar luego al decoro, la belleza, la gracia, la viveza, los usos, la verisimilitud, y que á todo el conjunto presida el sano juicio. Estas últimas cualidades pertenecen al pintor, y no pueden enseñarse. Son el ramo de oro de Virgilio, que nadie puede coger si el destino no le guia.»

Se ha dicho que compuso tambien un tratado de las luces y las sombras; pero Du Ghet, su cuñado, en una carta escrita á Mr. de Chantelou, prueba que no era dicho tratado mas que un extracto de Matteo, autor italiano, que el mismo habia hecho para uso de Pussino.

M. P.

Continúa el Exámen del Don Alvaro.

(Véase el número anterior.)

De la estructura del argumento que, como hemos dicho, es la representacion de varios acontecimientos enlazados de la historia de un hombre, se deduce la necesidad de romper los grillos de la unidad de tiempo; y esta unidad, aunque ridículamente ceñida á un dia por los críticos doctrinales, secuaces del Stagirita y del preceptista del Lacio, es á nuestro modo de ver la única que presenta algun título á la consideracion de los innovadores; no porque no la juzguemos, del mismo modo que á las otras, como una traba de la fantasía, sino porque la falta de tacto en usar de la libertad que á ella se opone, puede hacernos caer en desvaríos que esciten la burla del espectador. Por egemplo: si es ilimitada la libertad de dar tiempo al desarrollo de los lances de un drama, podrá verificarse lo que, hablando de los autores españoles decia el célebre Boileau, escritor que aunque en materias románticas no es ciertamente una autoridad infalible, dió no obstante muchas veces muestras de un sano juicio y de un criterio depurado:

Un rimeur, sans peril, de là des pyrennées,
Sur la scene en un jour, renferme des années,
Là souvent le heros d' un spectacle grossier
Enfant au premier acte, est barbon au dernier.

Estos versos, aunque respirando la grosera ojeriza que escitaba en los franceses el ver que nuestro *tosco teatro* de entonces oscurecia sus escasas glorias, contienen uno de los casos en que el desprecio de esta unidad redundaba á nuestro entender, en menoscabo del buen gusto. Y en verdad, si las acciones sociales que vemos remedar en la escena, hacen mas efecto en el espectador mientras alejan mas de su idea que cuanto vé es un artificio del poeta y los actores, lo cual es una verdad que nadie osará desmentir, ¿cómo puede

ser admisible esta mutacion repentina de edades distantes, que viene necesariamente á recordarle que es una ficcion cuanto mira? ¿con qué ilusion, despues de haber visto caer á algun interlocutor bañado en la sangre que derraman sus mortales heridas, hemos de verle aparecer á los pocos minutos firme y robusto, haciendo ostentacion de las cicatrices? Esto sucede casi del mismo modo en la cuarta jornada del D. Alvaro, en que vuelve éste á la escena en disposicion de combatir, cuando en la anterior le vimos en grave peligro de muerte. No decimos esto para censurar el drama: el duque de Rivas ha variado á drede las situaciones de su protagonista, y si algo hubiese que reprobar en el uso de esta escesia libertad, fuera del género que el autor ha escogido y no de su brillante desempeño.

Siempre serémos de opinion, que tan vicioso es sujetarse mezquinamente á la unidad de tiempo como abusar de la contraria libertad. Creemos que no toca al romanticismo ni mandar las unidades ni su indispensable infraccion: esto fuera establecer principios, dotrinales y estos principios son prisiones de la imaginacion. El romanticismo es el libre alvedrío de los literatos: establecer reglas es vulnerarlo. En este siglo, en que es permitido examinar las doctrinas antes de admitirlas, y en que no se adoptan ciegamente rutinas arbitrarias, crear preceptos *infalibles* de que exclusivamente deba echarse mano, es prohibir al genio la facultad de analizar que el progreso de las luces le concede, es esclavizar los talentos nuevos al capricho de los que nacieron antes. El D. Alvaro, las obras de Dante, de Manzoni, de Victor Hugo, de Dumàs, de Shakespeare, de Calderon y de casi todos los alemanes, padres del romanticismo, escritas sin hacer cuenta de las unidades, son bellísimos dechados de cuadros sociales y de efecto teatral. Las de Racine, Corneille, Moratin, Martinez de la Rosa y otros, no menos partidarios de las unidades clásicas, tambien presentan acabados modelos de elocucion poética, de individualidad en la pintura de las pasiones y de las costumbres, y de viveza y animacion en los diálogos. Dejemos pues á los ingenios entregarse á su propia inspiracion, demos paso libre al vuelo de

su fantasia; pero por remover los obstáculos que entorpecen el camino de la perfeccion, no les presentemos un declive que los lance á su despecho en un piélago de extravagancias. — Sigamos el examen del drama.

El número de los actores, la parte aislada que toman los mas en la fábula, y la mezcla de las situaciones trágicas con las vulgares, de las reflexiones filosóficas con las frases bajas de la plebe, son copias fieles de la naturaleza; y solo esto constituye el mérito en las artes de imitacion. Lo sublime al lado de lo ridículo, el llanto al lado de la risa, el hombre del vulgo al lado del artificioso cortesano: esto lo vemos diariamente, y el duque de Rivas no ha tenido necesidad de apelar á la ficcion poética para representarlo en la escena. En cuanto á que muchos actores salen una sola vez (sea dicho sin escándalo de algunos insignes clásicos) nos parece que la necesidad de formar la trama con un determinado número de personajes que figuren en toda ella, es el freno mas insoportable y perjudicial que ha podido inventar el sistema de los preceptistas. ¿Hay nada mas ingenioso y natural que el modo de hacer la protásis en las dos primeras escenas del D. Alvaro, valiéndose para ello de personas que no aparecen en lo restante del drama? El señor duque se ha separado de aquella ley clásica, que solo puede producir insulsez; y no ha hecho con ello sino añadir nuevos títulos á los muchos que esta obra le ha grangeado á una gloria imperecedera. Estas dos escenas son al mismo tiempo bellísimos cuadros de costumbres, como asimismo la primera de la jornada segunda y la primera de la quinta. En ellas todo es vida, todo verdad, todo movimiento. El manejo de los modísmos de la lengua, conocidos en toda su estension y aplicados con admirable propiedad á los personajes de las clases ínfimas que describe, el vivo colorido de estos retratos, y hasta la disposicion local de estas escenas lo elevan al primer rango de los pintores de la baja sociedad. Dotado como el inglés Crabbe de un pincel brillante y atrevido, hace resaltar con valientes toques el claro-oscuro de sus figuras, y dando bulto á la ilusion, nos muestra el teatro como un espejo del mundo real.

*

El conocimiento de los sitios y el oportuno uso de las frases andaluzas, denuncian en el Sr. de Saavedra un fino observador y un amante de su país. Asombroso es que en las márgenes del Loira y después de diez años de emigración, recordase los menores accidentes de un *aguaducho*, el *altozano*, el *convento de los Remedios*, el *picadero de la alameda vieja*; y lo que es más, que esta alameda es frecuentemente el teatro de las fechorías de los desalmados, con otras mil particularidades que se notan en las dos primeras escenas. Si pareciere á alguno que las elogiamos con sobrada vehemencia, sepa éste que escribimos desde Sevilla, y que siempre que bebemos á la entrada del puente de Triana el *agua de Tomares*, siempre que entramos en algun meson andaluz, vemos representar por los actores de la naturaleza una parte del D. Alvaro.

Y no se crea que el mérito del autor está vinculado exclusivamente en la representación de las costumbres vulgares: pintor de todas las clases, conocedor del corazón humano, así nos conmueve con una meditación filosófica como nos divierte con un gracejo cómico. La escena octava de la última jornada demuestra bastante que sabe interrumpir las afecciones internas que produce en el espectador, alternando las situaciones cuerdamente declamatorias con las que escitan sensaciones risueñas. El hermano Meliton, con todos los resabios de la educación de un lego, es propenso á pensar siempre lo peor; y al ver salir bruscamente á D. Alvaro y á D. Alfonso, no duda ya que son los demonios en persona, y su oscura imaginación le persuade de que caminan *sin tocar con el pié en tierra* y de que han dejado olor de azufre, lo que no puede menos de escitar aquella risa que es el sello de las sales cómicas. ¡Que oportunidad en el uso de las preocupaciones vulgares! ¡Que verdad en la forma de los personajes ridículos!

El tono serio está manejado en el drama con la misma felicidad que el jocoso. Casi todos los monólogos pueden servir de norma en esta parte, y principalmente los dos que forman las escenas tercera de la tercera jornada, y octava de la misma. Brilla en ambos la más correcta, elegante y

sonora versificación á par que los pensamientos más sublimes é ingeniosos, y un sabor caballeresco de lo más sano de nuestro teatro antiguo, esparcido en sus lindos versos, les presta un interés capaz en nuestro sentir de aglomerar los lauros sobre la frente de un poeta. En el primero se queja D. Alvaro del destino, y de su tardanza en encontrar la muerte; y entre otras décimas divinas dice estas dos, que aunque sabrán de memoria cuantos aficionados hayan leído el drama, no podemos vencer la tentación de repetir las.

Parece, si, que á medida

Que es más dura y más amarga,

Más estiende, más alarga

El destino nuestra vida.

Si nos está concedida

Solo para padecer,

Y debe muy breve ser

La del feliz, como en pena

De que su objeto no llena;

¡Terrible cosa es nacer!

Al que tranquilo, gozoso

Vive entre aplausos y honores,

Y de inocentes amores

Apura el cáliz sabroso;

Cuando es más fuerte y brioso,

La muerte sus dichas huella,

Sus venturas atropella;

Y yo que infelice soy,

Yo que buscándola voy,

No puedo encontrar con ella.

Al fin del monólogo oye pedir *socorro*, y llenando el pecho de una noble generosidad, que concuerda muy bien con el orgullo de su nacimiento, dice:

Dárselo quiero,

Que oigo crugir el acero,

Y si á los peligros voy

Porque desgraciado soy,

También voy por caballero.

Pincelada maestra que pone un término feliz

á esta bella escena, tachada de larga con justicia, no por su estension, que no puede parecer escesiva á quien sepa afectarse por simpatias, á quien tenga un corazon que haya palpitado alguna vez á los ecos del infortunio, sino porque no se puede olvidar que mientras nos deleita D. Alvaro con sus filosóficas reflexiones, está D. Carlos combatiendo él solo contra siete adversarios. Del segundo soliloquio que hemos citado, no nos atrevemos á dar una muestra, porque fuera menester copiarlo todo: ¿quién tendria la audacia de escoger donde todo es igualmente bello? Los pensamientos ingeniosos se cuentan allí por los versos, y la lucha de D. Carlos entre el deseo de la venganza y el respeto á su palabra, injénito en los hombres de honor, es uno de los mejores trozos que hemos visto. ¡Qué propiedad en la diction! ¡Qué lozania en la rima! ¡Qué delicada variedad en los afectos vivos y profundos!

La escena quinta de la cuarta jornada es tambien un bello monólogo; pero nos parece demasiado sublime para aquella situacion. Tiene toda la pompa de la oda, todas las galas de la poesía lírica: ¿quién no recordará á Fr. Luis de Leon en los siguientes versos que dice D. Alvaro, cuando vé cercana su sentencia de muerte?

.....
 ¿Que espero?
Dentro de breves horas,
Lejos de las mundanas afecciones
Vanas y engañadoras,
¡ Iré de Dios al tribunal severo!

Los diálogos están escritos con naturalidad, con soltura y con un profundo estudio de los hombres. El de Doña Leonor con el padre Guardian, en la escena séptima de la jornada segunda, es muy bueno por la propiedad con que habla este último, y porque en medio de sus evangélicas palabras deja entrever la marca de la humana debilidad, pero creemos que mejoraría acortándolo, del mismo modo que el de la escena tercera de la cuarta jornada y algun otro. El de D. Alvaro y Don Carlos, despues del restablecimiento del primero,

es tan bello como los mas aventajados de Lope, Moreto y Calderon; es por supuesto el mejor del drama, y basta por si solo para granjear á un poeta dramático una brillante reputacion.

Vamos á hablar por fin de la pintura de los caracteres, cualidad que hace resaltar mucho el mérito del autor. Todos están perfectamente dibujados, sostenidos y modificados á las circunstancias exteriores que los rodean. Las escenas del rapto en la primera jornada caracterizan á D. Alvaro y á Doña Leonor, y en todo el curso del drama no desmienten el concepto que allí hacen formar, consecuencias á que tambien están sujetos todos los demas personajes. D. Alvaro aparece enamorado, impetuoso, decidido, y en unos muy hermosos versos llenos de pasion, insta á su amante á que le siga: asi no hiciera la pintura de los caballos en que debia verificarse la fuga, por que esto nos parece frio en aquella situacion en que cada palabra debe ser un eco de la sensacion que le agita, en que no debe haber una sola agena de las afecciones que dominan toda la atencion. Don Alvaro aparece ademas orgulloso con su nacimiento, y algunas veces como un carácter ideal, indefinible. Nace esto de que sus antecedentes son desconocidos hasta el final del drama, y de que las dudas que esto produce, unido á las alusiones que el autor pone en su boca acerca de su origen, deraman en él una tinta de misterio que forma aquella apariencia fantástica. D. Alvaro en Veletri aparece el mismo que en Sevilla, y cuando lo vemos en la quinta jornada entregado al retiro de un claustro y abstraído de los intereses mundanos, todavía es D. Alvaro; todavía puede ecsaltar sus pasiones, aunque para ello necesite un agente mas poderoso; todavía es accesible á vanas ilusiones; todavía puede ser desgraciado si le recuerda D. Alfonso que él mismo ha formado con sus votos sagrados el valladar indestructible que lo separa del alto esplendor de sus padres.

Doña Leonor tierna, virtuosa, tímida, buena hija, muestra un corazon delicado en la resistencia que opone á las instigaciones de su amante para abandonar la casa paterna, y en la escena tercera de la segunda jornada, cada una de sus frases es un reflejo de su carácter. Esta escena es un soliloquio,

que como todos los otros, está escrito en hermosísimos versos. Los consuelos de la religion en un alma pura están magistralmente presentados, y la condicion mansa y apacible de Doña Leonor está marcada en este poético rasgo. Recuerda haber oído decir en la posada que D. Alvaro se habia embarcado para volver á América, y cuando parece que va á indignarse contra él, que tan cobardemente la abandona, por una transicion de afectos que no se espera, se la oye esclamar:

¡Oh Dios!... ¿y será cierto?
Con bien arribe de su patria al puerto.

El final del drama, altamente romántico, es de un gusto nuevo y de un efecto extraordinario. Las imprecaciones en boca del portentoso D. Alvaro, que poco antes habia sido egemplo de caridad y mansedumbre, y el infernal prestigio de su aterradora colocacion escandalizan á la comunidad, que esclama consternada *misericordia! Señor, misericordia!* Así acaba este drama singular, que tanto ha llamado la atencion pública por su mérito y novedad.

Antes de poner fin á este artículo queremos hacer observar que cuantos han hablado del drama, hasta los mismos detractores de los románticos, han confesado que abunda en innumerables bellezas, y se han afanado despues por encontrar lunares en su egecucion y en su género: de donde nace una deduccion ventajosa para el autor, si se considera, como ha dicho un eminente escritor contemporáneo, que *la diferencia que ecsiste entre los hombres de gran talento y la mediania, consiste en que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de esta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas.*

El señor duque de Rivas, al lanzar en nuestra España las semillas literarias que tan sazonados frutos están produciendo en reinos estrangeros, ha tenido que luchar contra la ceguedad de inveteradas preocupaciones; pero mientras mas combatido es un triunfo, tanto mayor es la gloria del que lo alcanza. Su *Moro espósito*, sus romances históricos titulados el conde de Villamediana, don Alvaro de Luna, el Alcázar de Sevilla &c. y final-

mente su *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, le han adquirido títulos indestructibles á la admiracion del orbe literario, como al aprecio y gratitud de los españoles su elocuencia, su decision y su sano espíritu entre los oradores de la patria.

Sevilla 15 de Mayo de 1835.

LEOPOLDO AUGUSTO CUETO.



Al Sueño.

Tu blanda mano sobre mí reposa,
¡Y báñame en olvido, dulce sueño!
Pon tu corona de letal beleño

Sobre mi ardiente sien.

Bajo tus alas de carmin y rosa
Lata una vez tranquilo el pecho mio:
Envuelto en calma, entre silencio frio,
¡Ven dulce sueño ven!

Cuantas veces sereno y complaciente
Embriagó mis sentidos tu fragancia
En las tranquilas horas de mi infancia
¡Qué ya volaron para no tornar!
Cuando mi vida pura y transparente
Era cual la corriente de ese rio,
Que al gemir de las brisas del estío
Precipita sus aguas á la mar.

Entonces con tus lábios de azucena
Mis párpados cerrar no desdeñabas;
Y solo de tu seno me alejabas
Para entregarme en brazos del placer.
Y ahora que el alma destrozó la pena,
Que se rasgó de la ilusion el velo,
En lloro amargo en mísero desvelo
¡Dejas mi pecho triste padecer!

Mira, ¡ó dolor! el astro de consuelo
En medio el firmamento resplandece:
Su fulgor argentado palidece,
Mas comienza otra vez á centellar.
Las estrellas vacilan en el cielo,
Esmaltando el espacio cristalino,
Cual el manto se vé del peregrino
La arena del desierto salpicar.

Abre la flor su caliz silenciosa
Al casto beso de la brisa errante,
Y exhala sus perfúmes anhelante,
Palpitando de amor y de placer.
Solo la sombra turba el claro rio
Del triste sauce que en su orilla crece,
Ó el azahar que despréndese y se mece
Bajo la cuna que le vió nacer.

¡Noche de amor, de calma y de misterio!
Tu paz contrasta con el ansia mia:
Tu soledad, tu sombra, tu armonía,
Todo aumenta en el pecho mi dolor.
Para ejercer su venturoso império
La pasion, ¡ay! tu asilo apeteciera:
Bajo tu sombra misteriosa fuera
Mas dulce y melancólico mi amor.

Mas nada espero... y velo... y me aparece
Entre las nieblas que levanta el rio;
En la luna, y del álamo sombrío
En el dulce vaivén.

Mi corazon se abrasa y se estremece
Mientras todo en silencio aquí reposa;
Estiende sobre mí tu ala de rosa,
¡Angel del sueño, ven!

¡Ven por piedad! ahuyenta de mi lecho
Esa imágen fatal que me persigue;
Ese semblante tierno que me sigue
Desde que un tiempo por mi mal le ví.
Cubre mis ojos con tus blancas alas:
No mire yo los mágicos encantos,
No escuche yo los seductores cantos
De la hechicera vírgen que perdí.

Sus ojos de ternura centellén
Anunciándome el fin de mis pesares.
Cual las llamas que engañan en los mares
Al piloto infeliz que las miró.
Sus ojos ven el faro que desean,
Y siguiendo el timon el fátuo fuego,
Entre ocultos escollos se halla luego.....
—Y el buque entre las rocas naufragó.

Aun resuenan los ecos en mi oido
Del arpa estremecida por su mano:
Pienso escuchar su cántico lejano
Como el suspiro dulce del amor.
Ella anuda y desata su cabello:
Sobre mi frente trémula lo agita:
Y mi sangre veloz se precipita
Abrasando las venas con su ardor.

¡No quiero amor! sus pérfidas caricias
Encantaron un tiempo mi existencia;
Y libre me juzgué de su demencia,
Libre de sus heridas me creí,
¡Vana ilusion! Su imágen de delicias
Mi alma otra vez tiránica estremece;
Y miro con horror que aun dura y crece
Esa planta fatal dentro de mí.

Apaga con tu mano encantadora
De mis pasiones la insaciable hoguera,
Corona con la triste adormidera
Mi calorosa sien;
Pues su beso de fuego me devora;
Quéma mi corazon, no lo consuela:
¡Ven solo tú... junto á mi lecho véla!

¡Angel del sueño, ven!
1836. — SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

Concierto

DE

D. ESTANISLAO RONZI.

Este distinguido artista reunió en la noche del sábado 27 de Febrero cuantos oyentes puede el teatro del Príncipe contener en todos sus departamentos altos y bajos, cómodos é incómodos, chicos y grandes; una orquesta numerosísima, los mejores cantores de la compañía italiana, en fin, todo lo que podia apetecer, y sin embargo preciso es confesar que muy pocos salieron satisfechos de la funcion. Señalar ahora algunas de las causas que en nuestro concepto pudieron influir mas particularmente, en esta al parecer anomalía, es nuestro objeto.

En primer lugar convendrémos en que el público madrileño, no bastante avezado á esta clase de funciones, las aprecia todavía con imperfeccion; pero no hasta punto de no gustar de lo muy bueno en ellas, y creemos sinceramente que así como los gestos del *no sé qué* y el *serení* despertaron á parte del auditorio (si no de gusto mas delicado, la mas bulliciosa); una overtura tan bella como la del Guillermo Tell, un concierto tan bien ejecutado como el que tocó el Sr. Ronzi, y otros pedazos que en esa noche se oyeron, debieron gustar á la mayoría, pero el hecho es que esta no pudo disfrutar bien de nada. La orquesta producía poco efecto: perdian el suyo las voces, y todo por la colocacion, ó por mejor decir, por la malísima disposicion del local. Preciso es renunciar á Conciertos en nuestros actuales teatros, y si el Sr. Ronzi á pesar de conocerlo ha dado el suyo en uno de ellos, habrá sido sin duda por no tener absolutamente otro paraje al efecto. Carecemos de un local propio para Conciertos; y al construirse el gran teatro de Oriente, en que no se ha escaseado el terreno para bailar, para descansar, para fumar &c., se hubiera podido pensar en de-

dicar una parte á objeto tan útil como se ha hecho en otros teatros en el extranjero. Esta falta alcanza á mas de lo que á primera vista parece. Es preciso no olvidar que una gran parte, tal vez la mayor, de las producciones músicas mas sublimes se han escrito para el Concierto. Es un error imaginarse que el gran género se reduce á una ópera como las que en Madrid estamos acostumbrados á oír. El género sinfoniaco, los grandes oratorios, la inmortal *Creacion* pertenecen verdaderamente á lo sublime y grandioso del arte, y el pueblo que no ha podido gozar todavía de ese gran género, no es extraño que no comprenda hasta donde se estiende la magia, la filosofía, la influencia de la música, y que tenga en mucho que los antiguos griegos considerasen la lira como el mejor presente de los dioses.

Pero volviendo á nuestros teatros, decimos que es preciso renunciar á Conciertos en ellos, porque nos parece muy preferible esto á que se sigan dando tales cuales ellos los permiten. En la noche de que hablamos todos advirtieron que la orquesta no estaba bien colocada, pero ninguno decia, ni dirá bien seguro, como debia estar. Los menos entendidos en la materia, que por lo mismo suelen aventurar con mas facilidad su opinion, decian que en el foso, sin pensar que en un parage en que escasamente se pueden colocar treinta ó cuarenta individuos de ningun modo caben sesenta ó setenta: sin saber que el foso se inventó para acompañar y no mas, por lo que no tiene otro objeto en toda Europa, porque las overturas que en él se ejecutan no son mas que introducciones de óperas, no sinfonías como impropriamente se las llama en Italia y aquí, pues estas ecsijen otra orquesta y otros conocimientos en los autores muy superiores á los que suelen tener los de las overturas que aquí se oyen: y en fin, sin saber lo que es música de Concierto propiamente dicha.

Aun en un buen local no hubieran tampoco producido grande efecto algunas de las piezas que formaban el programa del concierto que nos ocupa; porque, sea dicho en obsequio á la verdad, no eran propias de Concierto. Las escenas bufas por ejemplo, que reciben toda su gracia de la situacion en que se hallan colocadas ¿cómo han de

gustar en un concierto? Si los cantores procuran animarlas algo con la accion y el gesto, parece ridículo; lo es mas que las canten en tono formal, así que sacarlas del lugar para que fueron escritas nos parece poco acertado.

El público, á pesar de todo lo espuesto, manifestó repetidas veces el particular aprecio que hace del beneficiado; lo que celebramos tanto mas cuanto le conceptuamos muy digno de él, y estamos persuadidos de que en otro local menos antisonoro se hubiera hecho aun mas justicia á su raro mérito.

S. DE M.



1534.

Por los años de gracia 1534, habia en la noble ciudad de Palencia, una plaza que se llamaba del Azafranal, y en esta plaza habia una iglesia, y en esta iglesia una estatua que se llamaba Nuestra Señora de los Afligidos. Acaeció que la noche de uno de los primeros días del mes de agosto fuese fria y destemplada, y que soprase el viento con tanta furia y horror como si en diciembre se estuviera; acaeció tambien que, ácia las doce de la noche, dos hombres, muy embozados en sus largas capas, estaban recostados á las paredes de la iglesia y tan inmóviles estaban que parecian un adorno del gótico edificio—lo que, en verdad, era curioso de ver.... Aunque la noche estaba oscura, no lo estaba tal vez bastante al gusto y buen deseo de los incógnitos, sobretodo del mas alto, que

solia decir en muy baja voz á su inmóvil compañero: « ¡lo que tarda el sacristan! Alarcon, si acierta á pasar alguien por aquí y nos conoce, ¿qué será de mi honra? » Cinco minutos despues de dicho esto la última vez, se acercó con paso muy lento y al parecer temeroso á los dos bultos un nuevo bulto de mas tosca apariencia, y dijo con voz confusa: « S. Antonio, » y el mas alto de los que esperaban le contestó, « santa María. » Dicho lo cual, el último llegado se acercó á las puertas del templo, y con tino y recelo las abrió, mirando á todos lados por si alguien acechaba. Despues que hubo abierto, los tres entraron y cerraron de nuevo la puerta, aunque no con llave.

Acaeció tambien que un honrado hidalgo del seguimiento de S. M., que de llegar acababa de Dueñas, donde estaba hospedado el consejo Real y de la Inquisicion, tenia su morada enfrente al susodicho templo; acaeció que no dormia á aquellas horas, y como en el silencio de la noche oyesse abrir las puertas de la iglesia, se puso á acechar por si algo descubrir podia; y despues que vió lo que hemos narrado, y algo de lo que á narrar vamos, fuese á avisar á Juan de Nevares, que era alcalde aquel año, para que sorprendiese á los que él tenia por malhechores y diese cuenta de todo al señor Emperador que, por temor de la peste, se hallaba á la sazón en aquella ciudad.

Por el un extremo de la plaza del Azafranal entraron con paso bastante acelerado dos hombres, llevando un bulto con cuidado sumo; iban detrás otros dos hombres, de quienes el lento andar manifestaba la tristeza y dolor. Todos cuatro, que iban muy embozados, llegaron á la iglesia, empujaron la puerta, y al verse dentro la cerraron con llave y cerrojos, y he aquí lo que allí pasó.

En frente del altar de Nuestra Señora de los Afligidos habia una mesa cubierta de negro, y encima de ella se colocó el bulto que los dos hombres llevaban, y ese bulto era.... el cadáver de una muger joven y hermosa. Su rostro estaba descubierto, y uno de los últimos llegados, mozo de mas de treinta años, miraba sus cárdenos labios y desencajado rostro con el ansia de la desesperacion. Dos hombres, entretanto, abrian un sepulcro; y otro que era preste y tenia estola al cuello,

leía con gran devoción oraciones que debían ser descargo á los pecados de la muerta. El infeliz doliente á cada instante se enternecía mas, hasta que al fin prorumpió en amargos lloros. El preste permanecía sereno, y cuando hubo concluido sus plegarias, hizo seña para que arrojasen el cadáver á la huesa. Entonces fué cuando, levantándose de repente el afligido amante ó esposo se arrojó al cuello de la difunta sin quererse apartar de ella, vertiendo copiosas lágrimas. Nadie se atrevió á separarlo de allí; solo el preste, que llevaba hábitos morados y cruz de brillantes, se acercó y le dijo con serenidad: «Dios es el rey de los reyes,» agarró el cadáver y le echó en el hoyo. «Requiescat in pace,» dijo, y cubrió su rostro con tierra.

En la misma capilla habia una pila de bautizar... todos se acercaron á ella. Uno de los acompañantes sacó de debajo de su capa una niña medio muerta, y el preste arrojó sobre ella agua, sal y bendiciones, y despues dijo al afligido mancebo: «¿cómo se ha de llamar?...» «Juana, como su abuela» contestó el otro. Y el de los hábitos morados puso por nombre Juana á la criatura.

Despues se fueron todos á las gradas del altar de nuestra Señora, y el Sacerdote les echó la bendición. Levantáronse en seguida, y se dirigieron á la puerta por donde habian entrado. Abrióla el sacristan y al querer salir todos, gritó una voz harto conocida: «alto ahí».... y muchos ballesteros se pusieron delante.

Entonces el que habia llorado en el templo dijo: «que venga á mí Juan de Nevares!» y Juan de Nevares, que era quien hablado habia, se le acercó.... Desembozóse el mancebo, y le preguntó: «¿me conocéis?».... A lo cual respondió el Alcalde: «¡Dios mio!... ¡El Sr. Emperador!...» Silencio, dijo el otro hombre, y desapareció con los suyos.



Pocos dias despues, fué presentado á su Santidad para el arzobispado de Santiago D. Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, que fué quien ab-

solvió al alcalde Ronquillo el que dió garrote al buen Acuña, obispo de Zamora; pocos dias despues, Juan de Nevares subia la cuesta de Dueñas honrado con el título de familiar de la santa Inquisicion; pocos dias despues D. Juan de Guevara y Camargo tuvo que ir á Paredes de Nava donde estaban los Embajadores; pocos dias despues, don Fernando de Alarcon fué á Becerril de Campos donde estaba aposentado el consejo de Hacienda y de la Emperatriz..... y no muchos años mas tarde se reunieron otra vez todos en el infierno!!

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



DESTRUCCION DE LAS RAZAS DE ANIMALES CARNÍVOROS.

Combates de animales en Roma.

Los animales mas terribles como los leones, los osos, las hienas, los tigres, las panteras, los elefantes, los rinocerontes &c. poblaban aun no hace tresmil años el continente; pero la sagacidad del hombre ha conseguido irlos disminuyendo y ahuyentarlos á los desiertos. En cuanto á los habitantes del mar temibles para el hombre, les ha obligado tambien en tiempos mas modernos á refugiarse en puntos que rara vez recorre en sus travesías. Así es que no se ven ya ballenas en el golfo de Gascuña, en donde los antiguos pescadores la cojian en tanto número que formaban los vallados de sus heredades con pedazos de ellas.

No solo la pasión por la caza, común á todos los pueblos, fué causa de la destrucción de las razas dañinas, sino que contribuyó muchísimo á despoblar las selvas y los desiertos, la afición de los romanos á las luchas de animales. Es asombroso el número de fieras muertas en Roma ya en las fiestas públicas, ya en el circo.

Después de la conquista de Macedonia llevó Metelo á la capital del orbe casi 150 elefantes, que se mataron en el circo á flechazos, después de haberlos hecho pelear entre sí.

En las fiestas que dió Tolomeo en honor de su padre Tolomeo Sotero, en la que figuró el triunfo de Baco, presentó elefantes, ciervos, búfalos, avestruces, machos cabrios silvestres, camellos, ovejas de Etiopia, ciervos blancos de la India, leopardos, panteras, onzas, osos blancos y considerable número de leones del mayor tamaño.

Esta clase de espectáculos, que en su principio tenían un objeto político, se hicieron con el tiempo un recreo de lujo asombroso de parte de los grandes.

Después de haber enseñado Pompeyo al pueblo gran número de animales diversos en la inauguración de su teatro, le presentó además cuatrocientas y diez panteras y seiscientos leones, y entre ellos trescientos quince de melena. Los romanos consiguieron domesticar aquellas fieras en términos, que Antonio paseó las calles de la capital con leones uncidos á su carro. Cesar, no menos magnífico, presentó al pueblo hasta cuatrocientos leones de melena; y habiendo reunido más de cuarenta elefantes, hizo que luchasen con quinientos hombres de á pie y con otros quinientos de á caballo, lo que se llamaba en Roma caza de anfiteatro, y al salir de aquel espectáculo, fué conducido por otros elefantes á la luz de teas y antorchas colocadas sobre sus anchos lomos.

Tampoco los animales acuáticos pudieron substraerse al delirio de los romanos por los espectáculos terribles. Treinta y seis cocodrilos fueron despedazados en el circo Flamínio, después de haber combatido unos contra otros.

Según testimonio de los historiadores, Tito hizo perecer á vista de los romanos nueve mil animales diversos, Trajano once mil en los juegos

que dió después de la victoria contra los Partos; pero Probo fue el emperador romano que llegó á reunir á la vista del pueblo mayor número de animales diferentes; así es que para una fiesta que dió, hizo plantar en el circo un bosque y correr en él hasta mil avestruces y un sin número de animales de todos los países.

Estos espectáculos continuaron sin interrupción hasta la destrucción del imperio de Occidente, sin que las prohibiciones del emperador Constantino consiguiesen ponerles término.

Fácil es concebir que tanto esterminio debía minorar muchísimo el número de animales feroces y obligarles á buscar asilos apartados de las poblaciones.

Cuando las hordas del norte invadieron toda la Europa y el cristianismo las civilizó, se multiplicaron las ciudades, se talaron muchísimos bosques, y los continentes se vieron así libres de tan peligrosos huéspedes.

Aun en los países civilizados hay en el día algunos animales feroces, como osos, lobos y hienas; pero temen la presencia del hombre, y se ocultan en las cavernas de los montes ó en lo más frágil de las selvas; sin embargo ni aun así se libran de ser víctimas de las estacas, el cuchillo, ó las armas de fuego.



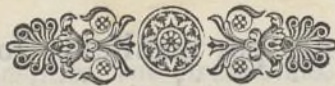
El Trovador.

Empezaremos por manifestar lo mucho que sentimos, que un accidente imprevisto prive al público de ver y á nosotros de la satisfacción de

publicar en este número el retrato y apuntes biográficos del joven D. Antonio García de Gu-
tierrez, autor del *Trobador*, tributo y estímulo
justamente debido á su brillante entrada en la
senda de la gloria. En efecto, el triunfo que ha
obtenido este joven poeta el día 1.º de Marzo, es
de aquellos que por largo tiempo durarán en la
memoria del público de Madrid, y cuyo recuer-
do debe ser eterno en la mente del afortunado jó-
ven que, merced á su genio, ha sabido en un mo-
mento pasar de la profunda oscuridad en que su
propia modestia y la injusticia agena le tenían su-
mido, á la mas deslumbradora claridad para que
en todas sus obras futuras le sirva de estímulo
que le aliente á no quedarse nunca inferior á sí
mismo, y de antorcha que guie sus pasos en la
difícil carrera que tan florida, tan risueña se ha
abierto al primer empuje de su lozano iuvenio ju-
venil.

No nos estenderémos á analizar detenidamente
en este artículo el mérito de el *Trobador*; este
análisis irá incluido en los apuntes biográficos
que publicaremos en el próximo número de este
periódico, juntamente con el retrato del autor.—
¡Ojalá los sinceros aplausos del público, los pode-
rosos estímulos que este mismo público le ha
prodigado, el que ahora se propone consagrarle
nuestro *Artista*, y sobre todo la constante apli-
cacion y talento del autor, nos hagan recoger los
ópinos frutos que nos dá derecho á esperar, á
ecsigir, á mirar como seguros este primer ensa-
yo del joven poeta que tan enérgicas sensaciones
ha inspirado en su primera obra dramática al
público de esta capital!

Concluirémos congratulándonos de que se
haya introducido en nuestro pais la costumbre de
pedir el público el nombre del autor. Donde estos
por lo general son tan mal remunerados de sus
trabajos, justo es que obtengan al menos una re-
compensa tan barata, para los que la dan y tan
lisongera para el que la recibe.



El Amante Desdeñado.

I.

Al pié de un ruinoso

Castillo sin torres,

Un hombre andrajoso

Mi vista encontró.

Quisiera acercarme,

Saber sus desgracias,

Pero antes á hablarme

Así comenzó:

«Cobarde, detente,

Me dijo iracundo

Con voz tan potente

Que hiciera temblar;

Y luego, encendido

En rabia, á mí llega,

Y dice: «has venido

Mi paz á turbar?

«Do está mi querida,

Infame mancebo?

Mi suerte alligida

La debo á tí yo.»

Y entonces me mira

Y rojo se pone;

Turbado suspira

Y rápido huyó.

Lamarle intentara,

Mas todo fué en vano,

La selva tomara,

Burlose de mí—

Abrí el triste pliego

Que habia dejado,

Y en letras de fuego

Aquesto leí:

II.

Feliz viviera yo un día

Entre el ocio y la caricia

Paternal;

Y tan solo yo gemía

Por ser de un ángel delicia

Terrenal.

Solo una cosa anhelaba,

Y era poder á mi amada

Poseer;

Mas en vano lo intentaba,

Pues no quería mi Hada

El placer.

Y cuando yo con mi bella

El triunfo santo cantara

Del amor,

Triste apareció la estrella

Que mi Hada me anunciara

Con terror.

Un amante se le ofrece

Cubierto con oropes

Y grandeza;

Esto todo lo embellece!

Y vil cedió á los joyeles

Su flaqueza.

Y yo al verme despreciado,

Quise, misero! morir

De despecho;

Mas era fatal mi hado,

Y dió alientos de vivir

A mi pecho.

III.

Bosquele afanoso

Por toda la tierra;

Mas fueme forzoso

Su nombre ignorar.

Crabado en corteza,

«Clorinda, leía,

Tu sola fiereza

Me pudo humillar.»

Palencia, Febrero 1836.

ENRIQUE OXERO DE LA CRUZ.

ESTAMPA. = Rinconete y Cortadillo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO

IMPRESA DE I. SANCHA.



EL ARTISTA.



R. L. de Madrid

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

publicar en este número el retrato y apuntes biográficos del joven D. Antonio García de Gu-
tierrez, autor del *Trobador*, tributo y estímulo
justamente debido á su brillante entrada en la
senda de la gloria. En efecto, el triunfo que ha
obtenido este joven poeta el día 1.º de Marzo, es
de aquellos que por largo tiempo durarán en la
memoria del público de Madrid, y cuyo recuer-
do debe ser eterno en la mente del afortunado jó-
ven que, merced á su genio, ha sabido en un mo-
mento pasar de la profunda oscuridad en que su
propia modestia y la injusticia agena le tenían su-
mido, á la mas deslumbradora claridad para que
en todas sus obras futuras le sirva de estímulo
que le aliente á no quedarse nunca inferior á sí
mismo, y de antorcha que guie sus pasos en la
difícil carrera que tan florida, tan risueña se ha
abierto al primer empuje de su lozano ingenio ju-
venil.

No nos estenderémos á analizar detenidamente
en este artículo el mérito de el *Trobador*; este
análisis irá incluido en los apuntes biográficos
que publicaremos en el próximo número de este
periódico, juntamente con el retrato del autor.—
¡Ojalá los sinceros aplausos del público, los pode-
rosos estímulos que este mismo público le ha
prodigado, el que ahora se propone consagrarle
nuestro *Artista*, y sobre todo la constante apli-
cacion y talento del autor, nos hagan recoger los
ópinos frutos que nos dá derecho á esperar, á
esigir, á mirar como seguros este primer ensa-
yo del joven poeta que tan enérgicas sensaciones
ha inspirado en su primera obra dramática al
público de esta capital!

Concluirémos congratulándonos de que se
haya introducido en nuestro país la costumbre de
pedir el público el nombre del autor. Donde estos
por lo general son tan mal remunerados de sus
trabajos, justo es que obtengan al menos una re-
compensa tan barata, para los que la dan y tan
lisonjera para el que la recibe.



El Amante Desdeñado.

Y tan solo yo gemía
Por ser de un ángel delicia
Terrenal.

Al pie de un ruinoso
Castillo sin torres,
Un hombre andrajoso
Mi vista encontró.
Quisiera acercarme,
Saber sus desgracias,
Pero antes á hablarme
Así comenzó:

«Cobarde, detente,
Me dijo iracundo
Con voz tan potente
Que hiciera temblar;
Y luego, encendido
En rabia, á mi llego,
Y dice: «has venido
Mi paz á turbar?»

«Do está mi querida,
Infame mancebo?
Mi suerte afligida
La debo á tí yo.»
Y entonces me mira
Y rojo se pone;
Turbado suspira
Y rápido huyó.
Llamarle intentara,
Mas todo fué en vano,
La selva tomara,
Burlase de mí—

Abrió el triste pliego
Que habia dejado,
Y en letras de fuego
Aquesto leí:

II.

Feliz viviera yo un día
Entre el ocio y la alegría
Paternal;

Y tan solo yo gemía
Por ser de un ángel delicia
Terrenal.
Solo una cosa anhelaba,
Y era poder á mi amada
Poder:
Mas en vano lo intentaba,
Pues no quería mi Hada
El placer.
Y cuando yo con mi bella
El triunfo santo cantara
Del amor,
Triste apareció la estrella
Que mi Hada me anunciara
Con terror.
Un amante se le ofrece
Cubierto con oropeles
Y grandezas;
Esta todo lo embellece!
Y vil cedió á los joyeles
Su flaqueza.
Y yo al verme despreciado,
Quise, misero! morir
De despecho;
Mas era fatal mi hado,
Y dió alientos de vivir
A mi pecho.

III.

Resquele afanoso
Por toda la tierra;
Mas fueme forzoso
Su nombre ignorar,
Grabado en corteza,
«Clorinda, leía,
Tu sola fiereza
Me pudo humillar.»

Palencia, Febrero 1836.

ENRIQUE OXERO DE LA CRUZ.

ESTAMPA. = Rinconete y Cortadillo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA, — FEDERICO DE MADRAZO

IMPRESA DE I. SANCHA.



EL ARTISTA.



R. L. de Madrid

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL ARTISTA.



W. de Madrid

TRAGES DE SALZBURGO.

(Copiado del dibujo original de D. J. Cuervo.)

Ayuntamiento de Madrid

EL ARTISTA.



M. de Madrid

TRAGES DE SALZBURGO.

(Copiado del dibujo original de D. J. Espinosa.)

Ayuntamiento de Madrid

